

ÍNDICE DE PROBLEMAS

I

EL INGRESO A LA FILOSOFÍA Y EL PROBLEMA DE NUESTRO TIEMPO

Lo primero para intervenir activamente en el movimiento que desde los comienzos del siglo renueva la filosofía, es comprender el sentido y la dirección de los esfuerzos de la conciencia filosófica contemporánea, situarse en la poderosa corriente del pensamiento de nuestro tiempo. Y aquí tropezamos con una de esas paradojas tan frecuentes cuando se apura cualquier problema. Exigir que nadie se aplique a la consideración filosófica de determinada cuestión sin saber antes cuáles son los modos peculiares, privativos, del pensamiento actual, es casi como prohibir que nos arrojemos al agua antes de saber nadar. En mi opinión, ya en esta dificultad puede aprender el estudioso la primera lección de filosofía, siempre que la admita humildemente, y no se escape por la tangente de una pseudoexplicación cómoda, optimista y tranquilizadora. Aquí aparece ya esa condición esencial, la primera que deba reconocer quien pretenda adentrarse con seriedad en lo filosófico: que la filosofía carece de caminos ciertos que a ella conduzcan, de puertas conocidas por las cuales pueda ingresarse a ella. La ciudadela filosófica ha de rondarse largamente con una fiel constancia de enamorado, y un día cualquiera, o nos hallaremos dentro sin saber cómo, o nos resolveremos a penetrar por una ventana o saltando el muro. Pero esta primera lección no tiene solamente alcance práctico; no basta supeditarse a esta primera exigen-

cia y, reconocida, olvidarse de ella y seguir adelante. Conviene tomar nota y volver sobre ella a su tiempo. Justamente, por no haberse tomado en cuenta muchos pequeños saldos de la clase del presente en la contabilidad filosófica, el balance cerraba sin déficit ni superávit, con exactitud halagüeña, pero ilusoria. Y así podía prescindirse de una cuestión final, que ahora, al hilar más delgado, se muestra en toda su gravedad, hasta el punto de constituir, según opiniones autorizadas, la más pesada e inexcusable tarea de la investigación contemporánea. Me refiero a un nuevo arreglo de cuentas, a una nueva confrontación entre la racional y lo irracional.

II

DOS INSTANCIAS SEUDOFILOSÓFICAS

Corrían vientos antifilosóficos por el mundo hasta hace algunos años, y aún soplan, intermitentes, en nuestro país, por cierto retraso de la hora local respecto a la mundial de que fuera vano y aun injustificado dolerse, ya que el fenómeno tiene justificación sobrada. Ahora se admite en general, y también entre nosotros, la necesidad — la fatalidad — de la meditación filosófica.

Cuando alguien niega la filosofía, cuando alguno declara prescindir de ella, en realidad hace una de estas dos cosas: o se atiene, sin sospecharlo, a esa filosofía inconsciente que va constituyéndose en nosotros por la fusión y combinación de las propias experiencias, de las opiniones y maneras de interpretar el mundo y la vida flotantes en nuestro contorno, por la mezcla de una infinita cantidad de aportes procedentes de los más distintos orígenes, estructurados de modo peculiar por cada uno; o bien rechaza la filosofía que juzga inaceptable o que no conoce, en nombre de otra filosofía que conoce y admite, y que estima dotada de validez y evidencia incontrastables sin necesidad de mayor examen — y a la que a veces ni da este nombre de « filosofía », que reserva para otras concepciones reputadas litigiosas, discutibles, aventuradas — y este

es el caso de todo convencido creyente, sean cuales fueren sus dogmas.

Estos dos substitutos de la filosofía legítima coinciden en una nota común: la ausencia de crítica, el dogmatismo o, mejor, el absolutismo. De ahí el prestigio con que señorean los espíritus y los obstáculos que oponen a una meditación filosófica auténtica, es decir, guiada sólo por el móvil teórico, y suficiente, esto es, sin supuestos, sin otro punto de partida que el que ella misma se fije.

El análisis de estas dos instancias seudofilosóficas, en los aspectos genuinos que revisten entre nosotros, sería sin duda de gran interés y proporcionaría los primeros peldaños de la escala por la cual ascenderíamos al verdadero conocimiento filosófico. No es mi intento emprenderlo ahora. Tómese las reflexiones siguientes como meras indicaciones en torno a un tema que requiere mucho más detenida consideración.

III

LA WELTANSCHAUUNG COMO INSTANCIA SEUDOFILÓSOFICA Y COMO PROBLEMA

La manera más habitual y cotidiana de prescindir de la filosofía, consiste en contentarse con esa filosofía inmediata que todo hombre, culto o inculto, posee, lograda sin personal esfuerzo por la sedimentación de una enorme masa de experiencias, de sugerencias e imposiciones ambientes, de elementos de todo orden donde se mezclan abigarradamente los datos teóricos, las tendencias y los intereses de índole práctica. Todos, sin excepción, poseemos un complejo de creencias, convicciones y opiniones, un fondo perfectamente organizado, especie de sistema informe, en parte contradictorio, con miembros expresos y a la luz del día y otros subterráneos, invisibles, pero no menos efectivos en su oculta latencia. Estas maneras de comprender el mundo y la vida, antecedente del modo de comportarse ante uno y otra, son, en su última raíz, individuales y cambian a lo largo de cada existencia. Pero es posible ordenar-

las en grupos de acuerdo con su estructura y contenido genéricos, tipificarlas según las jerarquías sociales, los países, las épocas.

La propensión del viejo positivismo a no considerar objeto de conocimiento científico sino lo que directamente se aprehende con los sentidos o mediante los instrumentos, ha retardado el examen a fondo de estas curiosas formaciones espirituales, de tan vasta trascendencia para la historia y la sociología. En esto, como en tantas otras cosas, el hombre actual, el hombre del novecientos, reclama para sí el título de verdadero positivista, de empirista radical, si estos nombres significan ponerse ante la realidad — ante toda la realidad — en actitud objetiva, desprovisto de todo prejuicio, ajeno a toda teoría previa que desde el comienzo deforme el dato de experiencia al obligarle a entrar en sus casilleros. El espíritu del ochocientos, que se materializa bastante bien en la maquinaria de los laboratorios de psicología experimental, carecía de la finura, de la libre y delicada curiosidad científica indispensable para manejar toda esa flora ideal que los alemanes llaman *Weltanschauung*. Era algo demasiado tenue, demasiado profundo y complicado, para no pasar inadvertido entre el chirriar de los aparatos de relojería y de los cilindros registradores. Si algo quedaba, moría a manos del módico racionalismo, agazapado bajo la máscara de ecléctica tolerancia y de comprensión universal, atento a « explicar » y valorar, antes que a ver y entender.

Las intrincadas relaciones entre *Weltanschauung* y filosofía no vienen ahora a cuento. Sólo conviene advertir con cuánta diligencia se vuelven los pensadores contemporáneos hacia las distintas suertes de comprensión del mundo y de la vida, con el propósito de aislarlas, describirlas y entenderlas en sus variadísimos ingredientes y resortes, en sus relaciones múltiples, en su evolución histórica. Algunas épocas dan la impresión de que al hombre le ha nacido un sentido nuevo, o que se le ha abierto de repente una ventana, hasta entonces clausurada, permitiéndole la visión de todo un dominio inédito de lo real. Ahora existe una aptitud hasta nuestro tiempo desconocida para captar estos fenómenos de *Weltanschauung*.

Pensemos, por ejemplo, en la comprensión del mundo y la vida característica de nuestro país y del momento. Nadie negará el palpitante interés de cualquier investigación relativa a ella. Vivimos en su interior, la respiramos, prescindimos de ella, como de todo agente que por todas partes nos envuelve y rodea. Esa *Weltanschauung*, para nosotros, no es una *Weltanschauung* particular, una entre las infinitas posibles. Es *la Weltanschauung*, le atribuimos un sentido absoluto, desde luego, sin pensar en ella, sin verla, como no vemos las pulgadas cuadradas de tierra que pisamos. No la vemos, pero desde ella, de acuerdo con cierta perspectiva que nos impone, vemos las demás, la del primitivo, la del europeo, la del yanqui. La situación cambia en cuanto la iluminamos conscientemente, en cuanto la sometemos a la reflexión crítica. Enseguida pierde su privilegio, su don de invisibilidad, y se sitúa modestamente, como una de tantas, en la serie de las distintas maneras inmediatas de enfocar la realidad, existentes o posibles.

No se podría exagerar el alto valor teórico de tales investigaciones, cuando se las emprende con los requisitos de toda labor científica. El resultado es la reconstrucción de una serie de estructuras, de una galería de organismos o complejos, superior en significación y alcance a cualquiera de las que ostenta con orgullo el mejor museo. Y si el primer momento debe ser puramente teórico, aun descriptivo, no se sigue de ello la ineficacia práctica de los resultados. El divorcio absoluto de práctica y teoría ha de entenderse como prescindencia en la investigación científica de todo motivo no teórico. Los resultados serán o no utilizados prácticamente, y si son capaces de rendimiento práctico, la mejor seguridad de su eficacia es precisamente la validez, la solidez teórica, cuya garantía es, a su vez, la austeridad teórica con que aquellos resultados fueron establecidos.

Los estudios de *Weltanschauung*, conducidos sobre el material propio, nos aclararán sobre nosotros mismos, nos darán la clave para entender mejor los aspectos de la vida nacional en su conjunto. Yo creo, dicho sea de paso, que la más rara cualidad del *Don Segundo Sombra* es el hermetismo con que encierra el libro a los personajes en una peculiar comprensión del

mundo y de la vida, sin dejarles resquicio libre hacia fuera, por modo tan exclusivo y enérgico que el mismo lector queda como envuelto en esa atmósfera, y pasageramente se le imponen las concepciones y, más aún, las valoraciones dominantes en ese recinto cerrado. Sin embargo, acaso la aplicación principal fuera la pedagógica, porque podría imaginarse la tarea de una pedagogía nacional como la corrección y el perfeccionamiento de la *Weltanschauung* actual a la luz de una teoría de los valores.

IV

LA OTRA INSTANCIA SEUDOFILOSÓFICA

La primera instancia antifilosófica o seudofilosófica, que podríamos llamar popular o de primer grado, vemos que no solamente no reemplaza a la filosofía, sino que ella misma se convierte en semillero de problemas filosóficos grávidos de consecuencias.

Pasemos a la segunda instancia. No se trata en ésta de una filosofía inconsciente, crecida al azar de la vida cotidiana, sin esfuerzo de sistematización ni de exégesis; sino de una filosofía insuficiente y condicionada de antemano por convicciones que impiden la libre reflexión. Convicciones que pueden ser religiosas, científicas o de otra naturaleza.

En los países focos de la cultura de Occidente ocurrió a mediados del siglo pasado un largo eclipse filosófico. El llamado positivismo con todas las tendencias afines : empiriocriticismo, fenomenismo, pragmatismo, fué el fruto principal de ese estado de la conciencia europea. La reacción vino lentamente. Para tener derecho a la vida, la filosofía se presentaba como la menor cantidad posible de filosofía. Se desterró la metafísica y se entendió la filosofía como teoría del conocimiento. La temperatura ideal del tiempo permitió por algunos años la ilusión de la posibilidad de una gnoseología sin implicaciones metafísicas. A la filosofía inadmisible sucedió un mínimo de filosofía aceptable.

No corresponde repetir una vez más el proceso del positivismo en el país. La batalla contra él ha sido ardua y puede darse

por terminada. En cambio, me parece de oportunidad anotar que si el episodio está liquidado, perduran las circunstancias generales por las cuales ha sido posible. Lo singular de este episodio entre nosotros no ha sido el conflicto en sí, universal a su hora, sino su retraso y su morosa persistencia. Y este retraso nos está dando una advertencia y nos precave contra la fácil satisfacción de suponernos cerca de la meta, porque hayamos dejado atrás la moda filosófica de 1850. Ocurrirá, con seguridad, algo para lo cual debemos estar prevenidos. De nuevo, y con parejo retraso considerable, veremos aquí la resistencia encarnizada de otras corrientes de pensamiento posteriores al positivismo, pero igualmente superadas.

V

SOBRE UNA «FILOSOFÍA ARGENTINA»

Ha llegado el momento, en estas someras apuntaciones, de decir unas palabras sobre un asunto que preocupa a algunos estudiosos argentinos : la posibilidad de una filosofía argentina.

En mi opinión, nuestra necesidad más urgente sigue siendo la de la información. Nuestro verdadero problema filosófico es un problema de cultura filosófica, y no tendrá solución mientras sólo unos cuantos puedan enterarse de lo que se piensa por el mundo, y eso a costa de tanteos, pérdida de tiempo y esfuerzos que podrían economizarse. Hay que dar a estos estudios la normalidad y facilidad de los demás, aproximarlos a cuantos sientan inclinación hacia ellos, evitar que sean toda una aventura personal de explorador.

Sentado este punto esencial, puede considerarse en qué sentido es aceptable hablar de una filosofía nacional. Sin duda, la investigación filosófica, como cualquier actividad humana, nunca escapa por completo a las determinaciones de tiempo y lugar. El pensamiento alemán, el francés, el inglés, se distinguen entre sí por algunas notas propias de cada uno, así como cada época lleva las aguas filosóficas por distinto cauce. Pero de admitir

este hecho a congratularse de él hay alguna distancia. La filosofía quiere ser el último punto de vista posible, aspira a la universalidad por su naturaleza misma; si no logra estos requisitos, porque no hay obra de los hombres que realice con plenitud su ideal ni su propósito, siguen siendo sus « desiderata », y es deber de quien filosofa multiplicar sus esfuerzos para alcanzarlos, y no renunciar a ellos deliberadamente, como supondría acentuar de intento cualquier rasgo local o temporal.

No me parece, pues, que debamos hablar de filosofía argentina, aunque sea nuestra aspiración el aporte argentino a la filosofía única : la universal.

Una sola especie de diferenciación estimo lícita, porque no contradice la suprema exigencia filosófica, la exigencia teórica : la diferenciación resultante de una especial selección de problemas, que prefiera los que por cualquier razón nos toquen más de cerca. Los de *Weltanschauung*, aducidos anteriormente, pueden servir de ejemplo.

VI

DE ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES Y DEL ESPÍRITU DE LA NUEVA FILOSOFÍA

Una filosofía argentina, en el único sentido en que yo la acepto, tiene trabajo de sobra. En la problemática filosófica contemporánea hay donde elegir. Las posibilidades parecerán restringidas a quienes piensan que la única tarea sería es levantar nuevos sistemas. El gran sistema tiene su papel, pero también tiene el suyo la investigación particular, y no sólo como preparación para las grandes concepciones de conjunto.

En este orden de las investigaciones de índole especial, se ha hecho mucho en los últimos años, pero todo parece por hacer. En el taller hay sitio para incontables obreros; la cantera está casi intacta.

Recordemos lo que ocurre en el dominio del problema del conocimiento. Las direcciones positivistas, y aun algunas neocriticistas, se mueven sobre el terreno común de un naturalismo

tácito o confesado. Con algunos datos de la física teórica se ha organizado el sistema — gnoseología y metafísica — para explicar el mundo. El procedimiento tiene un éxito ficticio, porque se desprecia todo lo que no cabe en el esquema aceptado. Es una estupenda maravilla cómo este método — legítimo y el único legítimo en los oficios de su incumbencia, absurdo en los demás — ha educado los ojos para no ver.

El caso de la psicología es aleccionador y típico de la crisis presente. En la época de Wundt se organiza como ciencia independiente, con vistas a la fisiología. Los programas de investigación son establecidos con una reiterada afirmación de empirismo riguroso, de obediencia incondicional a los hechos. Llega después un día en que un grupo de investigadores se resuelve por fin a hacer psicología y nada más que psicología, a acercarse de verdad a lo psíquico, y los resultados no pueden ser más inesperados: Buena parte de la clásica psicología wundtiana se viene al suelo. El empirismo no era tal, el hecho de experiencia no había sido comprendido ni aun captado. El supuesto empirismo científico era un vergonzante naturalismo filosófico en el cual se introducía el hecho, entrara de grado o no.

Entiéndase de una vez por todas — generalizando el ejemplo precedente — que lo censurable en las direcciones llamadas positivistas no es el empirismo, *sino todo lo contrario*. «Nosotros somos los verdaderos positivistas», ha dicho de sí y de su grupo Edmundo Husserl. «Nosotros somos los verdaderos empíricos», pueden decir con justicia todos los pensadores representativos de nuestro tiempo. El fondo de la mente ochocentista, desde la disolución del idealismo, es el naturalismo, positivista o criticista, tan hondamente arraigado que parece conatural con ella. Construido sobre los datos de una ciencia o de determinado grupo de ciencias, el sistema se aplicó sin reparo a todos los aspectos de la realidad, hasta los más alejados de aquella particular categoría de fenómenos que proporcionó el paradigma. La consecuencia fué una artificial conformación de todo lo que de por sí no se adaptaba al esquema utilizado, una versión arbitraria y caprichosa de considerables regiones de lo real; a veces, algo así como la traducción de un texto a una lengua primitiva donde no existieran las pala-

bras correspondientes : el *Timeo* vertido a la lengua de los zulús. Lo más grave era que la concepción naturalista parecía tan natural, tan inmediata, que no se la tenía por una concepción especial, sino que se la miraba como la única lícita, la única rigurosa y válida. De tan consuetudinario, el método científico-natural exacto se juzgó el método único y por excelencia, se llegó a olvidar que era... un método. La unidad metódica trajo cierta unidad de resultados, porque todos los hechos tamizados al través de esta criba adquirirían apariencia semejante entre sí y en consonancia con la naturaleza y el espíritu del instrumento a que se los sometía. Así se creyó alcanzada aquella unidad científica que era la Ciencia, con mayúscula.

El caso de la psicología ya referido ejemplifica bien el fracaso de la injustificada aplicación universal de un sistema, óptimo dentro de sus propios límites. La oposición actual a tal procedimiento uniforme de « explicación » — entre comillas, porque también esto de la « explicación » tiene bastante miga — no se origina, conviene repetirlo hasta el cansancio, en su empirismo, como alguien poco informado pudiera suponer; al revés, se le rechaza por su carencia de empirismo, por la subordinación que en él se hace del hecho puro a algo extraempírico, sin cuidarse de que esos elementos no empíricos sean o no adecuados para la elaboración e interpretación del hecho de experiencia *en su integridad*. El auge actual del concepto de « Gestalt » o estructura, polo opuesto al atomismo y a los procedimientos de reducción sucesiva dominantes en la « explicación » científica del ochocientos, indica ya hacia dónde se va, aunque con las dificultades inherentes a todo derrotero inusitado.

Una de las conquistas recientes más seguras e importantes, es la de la peculiaridad radical de cada escalón o parcela de la realidad. De aquí la gran cantidad de problemas nuevos o renovados. Antes se dirigía todo el esfuerzo a someter los distintos órdenes de lo real a un común denominador, y no habría en ello nada censurable si se hubiera procedido con la debida cautela, con la lealtad teórica suficiente para detenerse a tiempo y volver atrás cuando se hubiera errado el camino. Se fué adelante sin prudencia, y ahí está el pecado. No sólo se adelantaba de día, sino también de noche, cuando todos los gatos son pardos.

Había una sobrestima de lo uniforme, y en fuerza de despreciar el resto rebelde que da siempre la división de la suma de lo real por la razón — según las palabras de Goethe en el *Guillermo Meister* —, se llegó a no verlo ni a contar con él, a no ver la diferencia, lo específico, lo único y peculiar, lo puro cualitativo. Ahora, la aguja de la brújula ha girado 180 grados, y toda la atención se pone precisamente en aquello que antes no se veía. En este sentido, el ensayo mas atrevido, quizá el más aventurado, es la aplicación hecha hace poco por Köhler del concepto de «Gestalt» a la física, que, de triunfar, invalidaría toda la física tradicional, desde Galileo.

No es imprescindible acarrear otros ejemplos de esta moderna comprensión de lo peculiar y lo distinto, característica de la investigación contemporánea, del novísimo empirismo. Piénsese en las nuevas ideas sobre lo psíquico, cuya culminación es, de momento, una nueva doctrina de la inteligencia, contrapuesta al asociacionismo de la psicología científico-natural; en las direcciones psicológicas orientadas por los conceptos de «Verstehen» y «Gestalt», todas ellas semejantes en acentuar lo genuino psíquico contra el punto de vista reductivo y generalizador de la psicología wundtiana; en los intentos de comprender la peculiaridad de lo biológico — y no es sólo Driesch quien anda estos caminos; en indagaciones como las de Otto sobre la esencia de la religión, que llegan a establecer, sin trascender del plano empírico, la irreductibilidad del elemento último de la experiencia religiosa. Recuérdese, en particular, lo sucedido con la historia, la unanimidad en reconocer un problema de la historia, con caracteres privativos y peculiarísimos. Desde Dilthey, el más ilustre antecedente y el guía más seguido, se trabaja sin descanso en echar las bases de una teoría especial del conocimiento histórico, que si en el grupo de Rickert es una ampliación de la lógica habitual mediante el agregado de juicios de valor, en la dirección más original propone nada menos que una gnoseología autónoma, una *Crítica de la razón histórica*. Y un sentido parejo de la naturaleza independiente, estructural, insular, de los últimos elementos de la realidad, se descubre en vastos movimientos tan de nuestro tiempo como son la investigación de los valores y la fenomenología.

VII

DOS ERRORES COMUNES

Esta incompleta ojeada muestra al mismo tiempo el sentido de la labor filosófica actual, tal como yo lo concibo, y el ancho campo donde puede espigar el investigador. Todos estos problemas, si no vírgenes, abundan más en dificultades de planteo que en promesas de soluciones prontas. Requieren la cooperación de muchos laboriosos obreros del pensamiento, y ha de transcurrir bastante tiempo antes de que estén listos para la síntesis totalizadora del filósofo de excepción.

Ya se ha advertido antes el error de concebir la filosofía sólo o preferentemente como construcción de vastas arquitecturas ideales, de sistemas completos y cerrados con respuestas para todas las preguntas. En la actualidad, aparece más bien como un vastísimo conjunto de cuestiones especiales, tratadas separadamente, aunque sin excluir la conveniencia o la necesidad de futuras sistematizaciones totales.

Otro error, conexo con el anterior, sería atribuir el trabajo filosófico una excepcional preeminencia en el terreno científico, hasta el punto de que sólo fueran capaces y dignos de abordarlo algunos pocos privilegiados. El filósofo mítico y apocalíptico no es de nuestra edad. Contra este prejuicio, conviene insistir en lo normal y cotidiano de estas investigaciones, que ocupan en países como Alemania a cientos de profesionales, sin que la genialidad, siempre escasa, sea atributo indispensable para producir obra útil. Es hacedero contribuir al empeño común si se trabaja de firme y se aprende el oficio. Esta es la enseñanza de muchas vidas ejemplares cuyo recuerdo debe alentarnos y salvarnos de los dos escollos contrarios: del orgullo y de la timidez.

VIII

RESUMEN. EL PROBLEMA CAPITAL. COLOFÓN

Resumiré ahora en unas cuantas proposiciones concretas lo que he dicho, o lo que he querido decir en este artículo, porque no estoy muy seguro de haberme ceñido a la deseada claridad.

Pienso que hay aún en nuestro país alguna prevención contra la filosofía. Me refiero, desde luego, a quienes son capaces de filosofía. En unos, porque se atienen sin más a una concepción primitiva del mundo y de la vida; en otros, porque profesan una filosofía insuficiente o superada.

Respecto a la primera posición, he intentado mostrar cómo la *Weltanschauung* es ella misma un tema para la meditación filosófica; o, si se prefiere, un hecho inmediato que exige ulterior consideración.

Respecto a la segunda posición, creo que la actitud más general es un naturalismo, contra el cual va en casi todas sus inspiraciones importantes el pensamiento de la época. Según yo lo concibo — y me he tomado algún trabajo y bastante tiempo para enterarme — el pensamiento filosófico actual corre en sentido inverso a ese naturalismo, y cada una de sus direcciones parciales contradice, critica y deja atrás una dirección naturalista correspondiente.

He enumerado algunos de los problemas del pensamiento actual, mostrando de qué manera se oponen al naturalismo ochocentista, insistiendo en la riqueza de la problemática contemporánea, en las magníficas posibilidades que brindan al estudioso. He sentido que nuestra actividad filosófica debe dirigirse a cooperar en esa problemática universal, y no empeñarse en un localismo sin sentido en lo filosófico.

Sostiene alguien por estas tierras — con autoridad y saber sobrados — que la tarea capital de la filosofía es ahora la creación de una nueva ontología. Difiero de este parecer, y creo, como dije al principio, que la tarea más grave y urgente es un nuevo planteo de la cuestión racional-irracional. El naturalismo

cientificista, hipnotizado por el número, termina o desemboca en una metafísica atomística, cuyos elementos últimos son unidades numéricas, átomos pura cantidad. Es, como se advierte, un racionalismo bastante ingenuo y cómodo. Los movimientos nuevos niegan este naturalismo y deshacen de paso el racionalismo matemático que es su esqueleto. Antes se veía de preferencia o con exclusividad el momento de la reducción, el tránsito sin residuo del compuesto a los componentes, la resolución sucesiva en elementos de orden inferior. Ahora se repara sobre todo en la instancia sintética, en lo peculiar de cada complejo que hace de él un verdadero elemento irreductible. De la perfecta racionalidad hemos saltado a la irracionalidad suma. Es evidente que han cambiado los papeles de una y otra. El conflicto entre los valores vitales y los valores de cultura, me parece un caso particular de esta vasta confrontación que es el mayor deber teórico del hombre del novecientos.

Y, antes de terminar, declaro que encuentro en este artículo, al releerlo, cierto tono de manifiesto que me desagrade profundamente, pero que no sabría cómo quitarle. Suprímalo idealmente el lector — el hipotético lector — como yo lo suprimiría si pudiera, sin borrar con ello un ápice de lo dicho.

FRANCISCO ROMERO.

Diciembre de 1928.